

ESPACIO, TERRITORIALIDAD: MUJERES EN *LAS LUNAS DE LA CALLE CALIENTE Y EL CRISTO DE PLATA**

SPACE, TERRITORIALITY: WOMEN IN LAS LUNAS DE LA CALLE CALIENTE AND EL CRISTO DE PLATA

ARMANDO REVELO LÓPEZ¹

Resumen

El texto sugiere un vaivén sobre el territorio, los espacios y los cuerpos narrativos que se manifiestan en las obras: en *Las lunas de la Calle Caliente* y *El Cristo de plata* de los escritores Eduardo Delgado Ortiz y Álvaro León Perico. Quienes, se inducen por las concupiscentes calles, andenes, cuartos de mala muerte de La Calle Mocha y la Diecinueve, para retratar el destierro, la marginalidad, el temor, el contagio y la condena de las mujeres de la Calle Caliente. De esta forma, los autores hicieron, de este sector de la ciudad de Pasto, territorio de afección y creación, con la finalidad de mostrar la pulsión trasgresora e ilimitada del cuerpo.

Palabras clave: ciudad, erotismo, espacio, territorio.

Abstract

The text suggests a sway over the territory, spaces and narrative bodies that are manifested in the works: in *The Moons of The Hot Street* and *The Silver Christ* of the writers Eduardo Delgado Ortiz and Alvaro León Perico. Those who, are induced by the concupiscent streets, platforms, filthy quarters of La Calle Mocha and la Diecinueve, to portray the exile, marginality, fear, contagion and condemnation of the women of Calle Caliente. In this way, the authors made, from this sector of the city of Pasto, territory of condition and creation, in order to show the transgressive and unlimited drive of the body.

Keywords: city, eroticism, space, territory.

ESPACIO, TERRITORIALIDAD: MUJERES EN *LAS LUNAS DE LA CALLE CALIENTE Y EL CRISTO DE PLATA*

El espacio y la territorialidad, en la narración, son el escenario donde los seres de la obra, los personajes, toman sus acciones, se sitúan, se erigen. Existen tipos de espacio: los hay utilitarios o sencillos, simbólicos, irónicos, ficticios, cerrados. El estar situado de los personajes de las siguientes obras, diríamos, es el utilitario o sencillo y simbólico, ya que se desenvuelven en hoteluchos, cuartos viejos, andenes, calles y casas coloniales del sector la Diecinueve de la ciudad de Pasto. Jarauta (2008) señala: “El territorio no es un mapa” (p. 22).

En la arquitectura contemporánea, vemos como la ciudad se convierte en el espacio donde se articulan todas las variantes sociales, culturales, antropológicas y, podríamos decir, literarias. Construir, habitar, pensar es el título de una conferencia de Heidegger, en 1951, de la que dice

* Artículo corto. **Fecha de recepción:** 31- May- 2019. **Fecha de aceptación:** 28-Oct- 2019.

¹ Licenciado en Filosofía y letras. Investigador del instituto Andino De Artes Populares. Correo electrónico: artmando66@hotmail.com

Jarauta (2008), en el artículo “Cartografías disidentes”, que la intención era abrir una reflexión sobre el proyecto de reconstrucción que hiciera posible habitar el mundo después de la guerra: “Él, siempre cercano a Platón, había hecho suya la afirmación de la carta VII, que definía como tarea de toda filosofía la de “salvar la Polis”” (p. 12).

Se evidencia, entonces, el interés y la importancia de repensar el espacio habitado en todas sus dimensiones, fugas y flujos de interacción, correlación e intercambio con la ciudad que se habita. La ciudad antigua se caracterizaba por un constructo social, un espacio donde se intercambiaban sistemas simbólicos que, de una u otra forma, posibilitan una identidad cultural. Con el pasar del tiempo, la ciudad se ha transformado en un espacio de representación y expresión de tensiones sociales y culturales, lo que lleva a que se fragmentase esa posibilidad primera de la *polis* como efecto identitario, porque se ha transformado en un territorio donde se producen fugas y flujos de encuentros, por las formas de vida, las necesidades y ansiedades que afirman o niegan la cotidianidad; a este respecto, Rem Koolhaas (Jarauta, 2008, p. 6) definirá estos espacios ciudadanos como *ciudad genérica*. Según Jarauta, esta categoría transforma los esquemas de la ciudad histórica, ya que se desplaza hacia lugares neutros de coexistencia de grupos sociales, culturales, lenguas, géneros, religiones diferentes.

Otra de las formas de pensar sobre la ciudad la exponen Luis Eduardo y Jorge Enrique White (2007), en su trabajo investigativo de maestría “*La 19*”, *una etnografía de la imagen*. En este trabajo, encontramos a la ciudad como una fenomenología de la imagen, donde la ciudad es una multiplicidad de imágenes: es la imagen pública, que se definiría como lo que puede contarse, presentarse, lo que se muestra, pero, entonces, ¿cuál es la imagen de lo privado? Se preguntan los autores, ¿acaso lo privado no lo podemos entender, también, como lo prohibido? En este caso, esta imagen de la ciudad, estos lugares, se manifiestan como espacios de vergüenza, degradación, que todas las ciudades han creado y que, con las nuevas políticas urbanas, pretenden recobrar. Recobrar los espacios públicos.

Recobrar los espacios de clandestinidad delincencial, de tristeza, de oscuridad, y maquillarlos, enmascararlos, con la manipulación y reconstrucción de su imagen que, de una u otra forma, se ha conseguido, pero, en la mañana, porque en las noches mantiene su esencia, su rostro, lo que no puede suplantarse. La 19 sigue siendo ese escenario de *la Calle Caliente*, donde, como lo escribiría don Álvaro León Perico (2004), “la fantasía sexual nocturna construía su propio entorno, su propia soberanía y su propio cetro, así entrado el crepúsculo los Homosexuales, los maricas, las locas salían a relucir sus cuerpos, sus ademanes, sus perfumes, sus escotes naturales o postizos; en algunas ocasiones no importaba el frío, ni la lluvia, algunas voces se perdían en el timbre amanerado o en la voz ronca y fuerte que traicionaba la anatomía” (p. 28).

De esta manera, el territorio no solo alude al espacio físico y material en el que los seres humanos se sitúan, sino en el territorio se entrevén los elementos simbólicos y representaciones del que lo habita. Dice Andrés Arango (2016), en *Desarrollo y Territorio*: “El territorio se concibe como un espacio vivido, marcado, reconocido y significado por quienes lo habitan, en ejercicios múltiples de ‘territorialización’; los territorios son dinámicos y cambiantes” (p. 40). En el territorio, se configuran los personajes, es inherente a su formación, a la interacción con

otros; es un elemento de referencia que se incorpora en la construcción de sentidos, de vida, de quienes lo habitan, lo habitaron en un pasado y anhelan habitarlo en un futuro.

Por eso, una de las definiciones de territorio, según Deleuze (2009), se refiere al dominio del tener y salir del territorio, aventurarse. Esta connotación se devela en cada una de las mujeres de la Calle Caliente cuando se las apoda “guarichas” o “prostis”, en que la sola pronunciación de la palabra las condenaba a la impureza, al temor, al contagio, al destierro, a la exclusión, a la marginalidad afectiva entre familiares y amigos; pero aquellas mujeres, en su propio territorio, en su territorialidad, gozaban del debido respeto entre las compañeras y las reconocían como doña Encarnación, doña Prudencia, doña Ernestina. Dice Javier Vela (2008), en su trabajo investigativo *Territorialidades imaginarias*, que a la territorialidad la conforman espacios percibidos y espacios representados, que tienen que ver con los valores humanos de emotividad y afectividad. Podría decirse, entonces, que la territorialidad es un campo de afectos.

Esta es la ciudad genérica, los escenarios, espacio, territorialidad de las obras de León Perico (2004) y Delgado Ortiz (2008), donde la ciudad, las calles, los hoteles: el Cartagena, el Simbad, el Ecuador, el Virrey, el Caribe, se transforman en el hábitat, en el espacio, en la territorialidad de los personajes, donde el Travolta, el Chapetón, el Chocolate, el Aguacate, personajes de *Las lunas de la Calle Caliente*, junto a la Araña, la Culitrueno, la Rosa-rosita, la Katty o la Adriana, meneaban la cola y practicaban el bordo de cama, el 69, la carreta y otras poses, que posibiliten ese ligero avistamiento de la exterioridad en la aproximación a los abismos, que fisura las fronteras de los significados, trastoca los límites, afirma y niega el inconsciente del afuera, en lo que Bataille (1997) diría que lo puesto en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas.

Esas mismas formas que permitieran el incesto, cuando la necesidad aplaca, lo que complace de cuando en cuando al mozo para compartir cama con la mayor de las hijas; la tímida e inexperta cierra sus ojitos, se despoja de su recto, mientras se agarraba de la baranda de la cama, o como la María Puñales, quien provocaba humedecidas tembladeras a los muchachos *angarillos*, mientras hacían largas filas para aplacarle su calor efervescente; la que inducía a infartos e inquebrantables pérdidas de conciencia a los viejitos, que envolvía en la abrazadera de sus piernas, lo que confundía el espasmo del orgasmo con la risa de la muerte, la misma que se encontraría, después de envenenarse en su cuartucho, en su territorio, junto a un cigarrillo apagado entre los dedos, una hoja de papel con letras indescifrables, la foto de su amante desleída en el fondo de un vaso de aguardiente, el álbum familiar, la foto de la comunión de su único hijo y una ampliación en blanco y negro de la fotografía de su madre.

Esto devela lo que Deleuze (2008) llamaría territorios para la muerte, el territorio en el que uno puede y quiere morir y al que muchas veces se le escabulló por las calles de La Mocha, esa muerte, la que afilaba su guadaña cuando se entregaba completa a la experiencia erótica, al silencio, a la desintegración, a la liberación de una lucha con todo lo conocido, para, después, volver a la cantina, hacer gritar la rocola e incidirse nuevamente en la multiplicidad de estocadas de noche de faena y regresar a la madrugada al inquilinato, a la pieza, al cuarto, a la casa, el lindero de la territorialidad, en tanto espacio vivido.

La casa, el refugio, el lugar, el espacio, el territorio de las intimidades y los amores, donde familias completas compartían sus tristezas, la existencia, miseria espiritual y material del escándalo, como señala León (2004): “que la fulana le pegó a zutana, que perencejo o el colegial perdió los zapatos tenis recién lavados, que el interior rojo se fue entre la ropa de la vecina, que las medias no aparecen, que el marido de la zutana que vive arriba se le pasa a la fulana de abajo.” (p. 22)

La casa, en la que Bachelard (1965) construye uno de los posibles de la imagen poética; la casa, según el autor, no es tan solo un accesorio superficial colorido: es un espacio vital, nuestro rincón, nuestro refugio y, a la vez, nuestro universo; se vive la casa con el pensamiento y con los sueños.

En la novela *Las lunas de la Calle Caliente*, y en el relato *El Cristo de plata*, las casas que se manifiestan como espacio, como escenario, como territorialidad, son las llamadas casas de citas, aquellas casas viejas, casonas coloniales en las que funcionaban residencias y hoteles y que, según los autores, daban la sensación de ser territorios de todos y de nadie; como escribe León (2004): “en donde nadie respiraba, sólo se aspiraba el aire viciado y mezclado con el olor a marihuana, bóxer, bazuco, o se eructaba olor a chicha, chapil o guarapo de caña.” (p. 23) Esas casas de citas, donde doña Aristóbula, doña Prudencia, doña Ernestina escondían la cara para pasar por *decenticas*.

Por otro lado, en *El Cristo de plata*, la casa donde vive Ofelia, la bruja, es una casa originaria de la Diecinueve. Corredores, teja de barro, pisos de madera, altas puertas, todo esto cobijado por ese halo colonial; leamos un fragmento de Delgado (2008): “La casa ubicada en la parte céntrica de la ciudad, a una cuadra del parque Nariño, guardaba sus misterios. Era un caserón típico con alero de teja, zaguanes, patios, corredores y múltiples cuartos que se repiten, uno tras otro, cobijado por ese halo colonial con olor a flores, a musgo, a adobe calcinado, como si algo trashumante habitara en esas alcobas abandonadas con chécheres, baúles, estantes con libros carcomidos por la polilla.” (p. 28)

Esas casas, en las que habitaron los autores, que fueron su territorio, territorialidad y desterritorialización, que, según Deleuze (2008), son los límites donde se genera el acto de creación, cuando el autor realiza la figura análoga entre animalidad-escritor, designa la multiplicidad de signos y señales en el momento de la actividad artística, en este caso el origen de la escritura. De esta forma, construir un territorio, según el autor, es constituir el nacimiento del arte. Este territorio, este espacio, se transforma en ensoñación, interiorización y exterioridad del espacio; vemos como el protagonista del relato *El Cristo de plata* conlleva el sopor del sueño por toda la narración, intensificándose cada vez más cuando Ofelia le da el brebaje; escribe Delgado (2008):

Desperté y al abrir los ojos vi a Ofelia en el umbral de la puerta recortada por la luz del crepúsculo nocturno como ave maligna. Su figura descarnada, con su nariz de garfio y su cabellera canosa, daba la sensación de estar frente a una bruja, y la verdad era que Ofelia practicaba estas artes. ... En las manos traía una taza con un brebaje caliente, que me hizo beber con lentitud, mientras iba rezando una oración sombría que incluía palabras obscenas... Lo cierto es que el brebaje y los conjuros de Ofelia empezaron a surtir su efecto muy rápido, ya que mi cuerpo se desdobló y empezó a elevarse un deleite misterioso. (p. 27-28-30)

Toda la sucesión de imágenes, que culminan con el deseo que el protagonista ha estado gestando (acostarse con Dolores) y del que se percata la bruja (por eso, uno de los efectos del brebaje es llevar a que pensara el protagonista que Ofelia era Dolores) es la interioridad del personaje: “De seguro Ofelia había olfateado mi infantil deseo carnal por Dolores, y las invocaciones no sé si era para traerla a mi lado a satisfacer mi primitivo antojo o guardaba otros propósitos.” (p. 30)

La interiorización empieza cuando Ofelia cierra la puerta de la casa: “cerró la puerta a su espalda y su imagen se fue haciendo más nítida” (p. 28). En el preciso momento en que Ofelia tabica la puerta, la interioridad del personaje inicia sus peregrinaciones por lo más recóndito del deseo. A puerta cerrada brotan las realizaciones del adentro, la intimidad del corazón explora cada una de las honduras que no afloran en el recinto abierto. Recordemos, para concluir, el epígrafe con el que inicia el capítulo La casa, de *La poética del espacio*, de Bachelard (1965):

¿Quién vendrá a llamar a la puerta?

Puerta abierta, se entra.

Puerta cerrada, un antro.

El mundo llama del otro lado de mi puerta (p. 33).

Referencias

- Arango-Lopera, C. (comp.) (2016). *Desarrollo y territorio: perspectivas, abordajes, experiencias*. Rionegro: Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente.
- Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bataille, G. (1997). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Deleuze, G. (2009). Abecedario A-B-C-D- Entrevistas con Claire Parnet. *A Parte Rei*. Recuperado de <http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.com/2009/08/gilles-deleuze-abecedario-entrevistas.html>
- Delgado Ortiz, Eduardo (2008). *La experiencia interior*. Badalona, España: Orbe Ediciones.
- Jarauta, J. (2008). *Cartografías disidentes*. Barcelona: Actar.
- León Perico, Á. (2004). *Las lunas de la Calle Caliente*. Pasto.
- Vela, J. (2008). *Territorialidades imaginarias*. Pasto: Universidad de Nariño, Maestría en etnoliteratura.
- White, L. E. y White, J. E. (2007). *"La 19", una etnografía de la imagen*. Pasto: Universidad de Nariño, Maestría en Etnoliteratura.